

Siempre víctimas.

Always victims.

María Carmenza Hoyos Londoño¹

Resumen

El hombre se embriaga los viernes en el bar donde tiene una amante. Al llegar a casa quiebra todo lo que encuentra a su paso. Su esposa y su hijo viven una pesadilla. La mujer maltratada decide dejar de ser la víctima.

Palabras Claves: Familia, alcoholismo, víctima, autoestima, cotidianidad, bar, niño y leyes.

Abstract

Man gets drunk on Fridays in clubs where he has a lover. When he arrives home, he destroys everything in his path. His wife and son are in a nightmare. Battered woman makes decision to be a victim.

Key words: Worker, mother, son, alcoholism, family, problem, victim, victimizer.

¹ Docente Institución Universitaria de Envigado, Medellín, Colombia, mhoyos@gmail.com

Revista Virtual de Ciencias Sociales y Humanas "PSICOESPACIOS"
Vol. 3- N 3/enero-diciembre 2009
<http://www.iue.edu.co/revistas/iue/index.php/Psicoespacios>

Aníbal barre a diario las calles de Medellín y visita frecuentemente el bar El fino Garabato. Su esposa Milvia y su hijo de doce años, saben que todos los viernes llega a casa borracho. Al igual que muchos hombres de nuestra ciudad, Aníbal golpea a su esposa, hasta que un día ésta decide no ser más su víctima. El cuento genera una reflexión en torno a la problemática del alcoholismo, el deterioro familiar y las leyes en Colombia.

Terminó de barrer las calles que le correspondían a las dos de la tarde; llevó la escoba y la carretilla al taller y se cambió el uniforme por la camisa y el pantalón que mi madre le había regalado; para él era poco importante vestirse bien, lo único que le interesaba en la vida era tener algo de dinero para tomar. Recuerdo que en esa época su uniforme era verde con rayas cafés y el casco anaranjado tenía el logotipo de Las Empresas Varias de Medellín.

Llegaba los viernes con la ropa de trabajo muy sucia por todo el trajín de la semana, mi madre debía remojarla en gasolina de un día para otro, pues era de la única forma como podía sacarle la grasa que recogía en la calle. Todos los viernes se embriaga, era como una especie de ritual pagano, no hubo uno en que fallara. Se cambiaba de uniforme cada ocho días, pero de cualquier forma lo importante no era tenerlo limpio, porque barrer las calles le cuesta a la estima propia y la limpieza de la ropa nunca logró que se quisiera un poco más a sí mismo,

porque la falta de amor propio fue quizás una de las tantas razones que lo impulsaron a la bebida.

Así no lo crean ese trabajo de barrendero fue palanca política de don Aníbal Arango, paisano de la abuela que al igual que ella nació en Guadalupe. Para un hombre que escasamente había cursado quinto de primaria, conseguir un mejor empleo era casi imposible. Todos los viernes, días de pago, después de culminada la jornada laboral se dirigía a Juananbú, donde dicen que tenía una amante en el Bar El fino Garabato. Allí gastaba todo lo devengado durante la semana, entre los servicios de la prostituta y el aguardiente que de seguro le ayudaba a soportar su humilde metejón, recordando el estribillo: *"¡Muchachos!... Si cualquiera de estas noches me ven llegar al café, tambaleando medio "colo", babeando y hablando solo, ¡no me pregunten por qué!"*.

El cheque de pago de quince mil pesos lo cambiaba cerca al Ley de Cúcuta, en donde dicen que ese día compró unos vasos de vidrio para darle gusto a mi mamá porque ella siempre renegaba ya que a las visitas no había en que servirles el jugo, pues en medio de las borracheras todos terminaban despicados o quebrados.

Del ley hasta El fino Garabato había unas cuantas cuadras y de esquina en esquina solía tomarse un aguardiente para llegar al bar con algo más de valentía, como macho brioso al que

Revista Virtual de Ciencias Sociales y Humanas "PSICOESPACIOS"
Vol. 3- N 3/enero-diciembre 2009
<http://www.iue.edu.co/revistasiue/index.php/Psicoespacios>

gastarse el dinero poco importa. Debo aclarar que mi padre era algo tímido, yo creo que el licor le daba seguridad y soltura, incluso con las mujeres, aunque fueran todas unas yiras.

Sébase que mi madre por esa época confeccionaba ropa para los vecinos y con el dinero que ganaba hacía el mercado y así yo podía llevar algo a la escuela, de lo contrario habría sido mucho el hambre que hubiéramos pasado, porque lo que mi papá se ganaba sólo le alcanzaba para sus rutinarias borracheras, los pasajes de la semana y el pago a la amante de El Fino Garabato, de la que nunca supe su nombre, sólo escuché que una vez habló de ella en términos de "corazón".

Por esos días yo todavía lo quería, aunque mi amor estaba algo impregnado de miedo. Debo confesar que era muy cariñoso y me trataba de "tesoro" y me sentaba en sus piernas para que la barba de varios días me rozara la cara y me hiciera soñar con las épocas en que yo sería todo un hombre y estudiara para abogado, que fue lo que él siempre insistió que yo debería ser, porque así saldría de la pobreza y sería reconocido por muchas personas, incluso fantaseaba con que yo fuera el abogado más importante de las empresas varias de Medellín e iría a Suecia a representar al sindicato ante la OIT.

En las resacas se llenaba de sentimientos de vergüenza y arrepentimiento. Sólo en esas épocas trataba bien a mi madre y en medio de cada guayabo hacía una promesa diferente: cambiar, no maltratarla más, ahorrar, comprar cosas para la casa, ir de viaje a la costa; de vez

en cuando le daba alguna baratija para consolarla y aseguraba que la bebida sería cosa del pasado. Ella lloraba mucho, tal vez porque sabía que eso no iba a ocurrir. Yo veía sus pequeños ojos inflamados y sus blancas manos ocultarlos para que no me diera cuenta; pero fueron sólo promesas, porque mi padre no cambió, no pudo dejar la bebida, no cesaron los malos tratos, ni las necesidades, ni los golpes para ella y de igual manera siguió escaseando la comida. La obnubilación de la bebida podía con él, pues en su sano juicio era tímido, poco sociable y hasta inseguro. Debo reconocer que algo de eso le heredé.

Nadie pensaría en que hasta ese viernes dejaríamos de ser una familia, que aunque enferma se sostenía gracias a la abnegación de mi madre, a su aguante y su capacidad para resistir. Tal vez los constantes remordimientos de conciencia de mi padre le impedían abandonarlo y la obligaban a sostener lo que ella llamaba la familia.

Mi madre siempre supo que yo sería su único hijo, ella se llama Milvia que significa mil caminos o mil vías. Mi padre fue bautizado como Aníbal, que significa dádiva de Baal, que entre otras cosas es un dios falso.

Aquel día mi progenitor llegó a casa como a las nueve y media de la noche, era un 23 de octubre; mi madre y yo veíamos "La pezuña del diablo", por la ventana de la sala que daba a la calle vimos llegar un taxi y escuchamos que mi padre reñía con el taxista porque no tenía con qué pagarle la carrera de trescientos pesos. Mi madre salió asustada y canceló la deuda,

Revista Virtual de Ciencias Sociales y Humanas "PSICOESPACIOS"
Vol. 3- N 3/enero-diciembre 2009
<http://www.iue.edu.co/revistasiue/index.php/Psicoespacios>

muy suavemente le pidió al hombre que se marchara y pidió excusas por el incidente; yo pensé en las ironías de la vida, porque ella era justamente quien se excusaba, aunque no había provocado el inconveniente. A veces sentía tanta rabia de aquellos episodios, que llegué a desear ser un huérfano.

El borrachito entró con la tula en la mano, en ella traía el uniforme emmugrecido, creo que entonaba una melodía que decía algo así como: "Salí de Montevideo /en dirección a mi casa /mi mujer estará diciendo: mi marido trae zaraza". Milvia lo tomó del brazo y con esa fuerza física que es producto de la rabia lo arrastró hasta la cama; pero el martirio apenas empezaba porque en unos instantes él comenzaría a maldecir, a quebrar espejos, a arrastrarse por toda la casa mostrándonos sus genitales, a romper las materas y todas las porcelanas y cosas quebradizas que tuviéramos. Los vecinos le recomendaron a mi madre que para dormirlo le diera gotas de Sinogan o Diazepán, pero nunca logró derribarlo. La noche se hacía interminable y sólo a eso de las tres de la madrugada lográbamos conciliar el sueño y recuperar algo de tranquilidad.

Llevábamos doce años soportando ese calvario, aunque de los primeros yo no tengo muchos recuerdos. Ella no lo dejaba por el temor a que se suicidara, pues varias veces por cierto lo intentó. Los vecinos le decían: "¡Milvia, vos si sos una santa, tenés una capacidad de aguante...¡".

Revista Virtual de Ciencias Sociales y Humanas "PSICOESPACIOS"
Vol. 3- N 3/enero-diciembre 2009
<http://www.iue.edu.co/revistas/iue/index.php/Psicoespacios>

Llegadas las once de la noche de aquel viernes y cuando nosotros aún no habíamos conciliado el sueño, él andaba por toda la casa rompiendo cosas, prendiendo bombillos y con el equipo de sonido a todo volumen. Mi madre lo había acostado unas siete veces y en una de ellas llegó muy asustada porque él la amenazó con un cuchillo de la cocina mientras le decía las más viles palabras. Ella entre lágrimas, miedos y rabias regresaba a mi cuarto que era nuestro refugio, para hablarme de los proyectos del futuro, de cuando yo fuera un abogado y viviéramos los dos solos en una casa en la que nadie nos diera problemas, nos imaginábamos un patio enorme lleno de plantas. También me hablaba de un viaje al Ecuador, su gran sueño, en el que compraría mercancías para vender; mientras tanto mi padre tocaba la puerta y la desafiaba a pelear.

Iban siendo las doce, cuando ella se levantó abruptamente y en medio de un llanto desesperado que yo nunca le había visto, dijo en muchas palabras que nuestra vida no podía continuar de esa manera, que el futuro debía ser diferente, que su paciencia se había colmado y que ya no resistía más. De su máquina de coser sacó las tijeras y fue al patio y cortó una de las cuerdas donde se colgaba la ropa y cuando tuvo el lazo en la mano lo llamó y lo desafió a pelear. Como no acudía fue por él hasta la sala, no había escuchado porque el equipo de sonido tenía toda su potencia en una canción que no he podido olvidar que dice "se va el tren, se va el tren, y con él se va mi amor". Ella lo insultaba con palabras que yo sí había escuchado

Revista Virtual de Ciencias Sociales y Humanas "PSICOESPACIOS"
Vol. 3- N 3/enero-diciembre 2009
<http://www.iue.edu.co/revistas/iue/index.php/Psicoespacios>

pero en boca de otros, y lo desafió a que fueran a darse al patio como si ambos fueran verdaderos varones. Arrastrándose pero desafiante, él la insultaba y la seguía, seguramente pensaba que en esa pelea, como siempre, ella llevaría la peor parte. Al llegar al patio ella le lanzó un baldado de agua tomada de la poceta y mientras lo injuriaba con un vocabulario de cantina, se le tiró encima. Él respondió como era de esperarse, tomándola por el pelo como un peluquero que se pelea con otro en la afueras del salón. Yo miraba desde el corredor del enorme patio y aunque quise defenderla no pude porque me venció el miedo. Ella lo tiró al piso con una fuerza que yo nunca le había visto, se le lanzó sobre el pecho montándole ambas piernas, le tomó las manos y después de mucho forcejear, se las amarró con la cuerda. En medio de su defensa, él le mordió el anular tan duro que a los ocho días le tumbó la uña. Aunque el licor lo tenía casi dominado, sus palabras denotaban mucha conciencia. Tal vez todo acabó así porque él no imploró perdón, pues de seguro ella se hubiera arrepentido; pero en lugar de implorar seguía agraviándola. Mi madre tomó el galón de la gasolina que guardaba debajo de la poceta, aquel con que sacaba la grasa del uniforme, y se lo roció encima. Él intento levantarse, pero ella más rápida fue a la cocina por la cajetilla de fósforos que usábamos para encender el gas, rastrilló el primero y con ese bastó para que de inmediato mi padre se prendiera de pies a cabeza en un fuego que hoy veo como purificador. Ella le daba patadas en el estómago y la cara y le decía que en el infierno pagaría por todo lo que nos

Revista Virtual de Ciencias Sociales y Humanas "PSICOESPACIOS"
Vol. 3- N 3/enero-diciembre 2009
<http://www.iue.edu.co/revistas/iue/index.php/Psicoespacios>

había hecho. Yo no lo vi consumirse, pero a ella sí en medio del llanto cuando al día siguiente vino un grupo de policías para llevársela; nunca pensó en escapar. Me adoptó la tía Germania, quien ha pagado mi carrera de Derecho. Aún le faltan dos años para salir de la cárcel, los mismos que a mí para graduarme. Cuando la visito, me doy cuenta que está más tranquila, la veo y me pregunto por qué en este país no hay una ley que proteja a aquellos que han matado y que no merecen ser llamados asesinos porque siempre fueron las víctimas.